
UNA VIDA SIN MANCHA.

PARTE PRIMERA.

I.

Era alta, delgada hasta la transparencia, con grandes ojos, que participaban del gris y del azul, guarnecidos aún, á pesar de sus cincuenta años, de largas pestañas oscuras.

Su traje era modesto, casi pobre, pero llevado con dignidad y hasta con elegancia; invariablemente consistia en un vestido negro, de merino en el invierno y de orleans ó alpaca en el verano, siguiendo las leyes de la moda de bastante lejos, mas sin que su hechura dejase de ser notablemente distinguida.

Constantemente llevaba aquella mujer un cuello liso, de una blancura azulada; unos puños, lisos tambien, que se veian un poco bajo la manga estrecha de su traje, y una corbata blanca de muselina, guarnecida de un encaje antiguo, ya usado, pero que habia debido ser de gran precio.

Sus guantes, largos, de tres botones, eran de una forma exquisita, siempre de color oscuro, pero jamás viejos ni deteriorados; lo mismo sucedía con el chal negro que durante el invierno la envolvía suavemente en sus pliegues elegantes, y con su oscuro sombrero, de paja ó de castor, adornado con una rama de lirios ó con algunas lazadas de cinta gris. Todo estaba fresco y en buen uso, y todo era de una forma, no solo aproximada á la moda, sino perfectamente distinguida; quizá hubiera podido decirse que la moda misma estaba embellecida y mejorada al usarla ella; sin embargo, se traslucía un cuidado minucioso, un esfuerzo supremo, para conservarse en tal estado.

Los pliegues del vestido bajaban largos y lustrosos, y se conocía que se acepillaba cada día; el chal estaba aplanchado; el sombrero presentaba curvas distintas y *bandeaux* de cinta, renovados; los guantes, aunque estirados y lustrosos, dejaban ver cosidos acaso más finos que los de su primera confección, pero distintos de los de aquella; y su calzado, aunque cuidado también con esmero escrupuloso, se veía embetunado en lo poco que la falda permitía descubrirlo.

Cuando llegaba Mayo, aquella mujer cambiaba su chal de merino por una manteleta de seda y por un velo de tul liso; la manteleta estaba guarnecida con un fleco de torzal negro, de una moda pasada hacia ya diez años; enton-

ces se descubrían mejor que con el sombrero dos bandas de cabellos rubios y ondulados, sembrados ya de muchas hebras de plata, y una gruesa trenza enroscada con una gracia negligente detrás de su cabeza fina, elevada, estrecha sin demasía en la nuca, y graciosamente abovedada hácia la frente y las sienes: era una cabeza espiritual, inteligente, y que debía haber sido encantadora y llena de incomparable gracia.

La manteleta larga dejaba adivinar un talle derecho y flexible, cuya elegancia no podía hallar rival; el movimiento de los brazos, cosa importantísima en las mujeres, estaba lleno de distinción, de decoro y de una gracia púdica, inocente por decirlo así, aun en aquella edad tan cercana á la vejez.

¿Quién era aquella mujer?

Esto se preguntaban en el invierno de 1877 todas las personas que de dos á cuatro de la tarde iban á pasearse bajo los árboles del Retiro.

Desde las damas más elegantes que salían temprano para hacer tomar un baño de sol á sus pequeños hijos, hasta las personas de la clase más ínfima, que en las tardes de los domingos iban á disfrutar de esos dones magníficos que Dios reparte por igual á todos sus hijos, el aire y el sol, todos reparaban en aquella mujer, todos la conocían y muchos la amaban.

Era una dama á no dudar. Llegaba al parque de Madrid entre dos y tres, sacaba un libro

pequeño del bolsillo, y se absorbía en su lectura.

Otras veces acaba una labor de crochet, fina como un encaje, y sin alzar los ojos hacía brotar de sus dedos estrellas, hojas y flores de una delicadeza incomparable.

Al quitarse los guantes, que enrollaba lentamente y con gran cuidado, su mirada distraída se perdía en el cielo, en el inmenso horizonte que se extendía ante sus ojos, ya azul y purísimo, ya cubierto á intervalos con espléndidos mantos de nubes grises, violadas ó negras.

Entonces una triste sonrisa entreabría sus labios, y dejaba ver dos filas de menudos y blancos dienteceitos, puros como el nácar, y como pudiera tenerlos una niña de quince abrilés.

Guardados los guantes, y antes de sacar el libro ó la labor, cruzaba sus blancas y delgadas manos sobre las rodillas, y este casto y suave movimiento hacia brillar en su dedo anular un cintillo, una linda sortija adornada con dos rubíes y un brillante.

Otros dos rubíes, engastados en dos aritos de oro, adornaban sus orejas diminutas, blancas como una concha de bruñido marfil.

Permanecía bajo un árbol grande y sentada en una silla de hierro durante dos horas, y á veces una y media; se levantaba despues de haber guardado su labor y su libro y de haberse puesto los guantes, y se iba con paso rápido, pero sin apresuramiento, barriendo el arenoso

suelo con los plieges de su traje, y con las manos cruzadas sobre el largo cabo de su *en-tout-cas* cuando habia hecho sol.

Una tarde, un jóven muy triste, y que parecia enfermo, vino á sentarse en el paraje apartado y solitario que buscaba siempre la dama del vestido negro; era una calle separada de la que recorre la multitud alegre y elegante, en frente del estanque grande, y bajo un enorme castaño de Indias.

—Buenas tardes, señora, dijo el recien llegado levantando cortésmente su sombrero.

—Buenas tardes, caballero.

—Hace hoy mucho frio.

La señora no respondió.

El jóven, que era grosero y atrevido, añadió con acento acerbo:

—Cuando hablo, estoy acostumbrado á que me contesten.

—Caballero, no tengo, ni lo deseo, el honor de conocer á Vd., dijo la dama.

Y dejando su asiento, á la vez que guardaba el libro, tomó calle de árboles abajo, con su paso tranquilo, cadencioso y distinguido.

II.

¿Quién era aquella mujer?

Nadie lo sabia, y sin embargo, muchas personas la amaban y simpatizaban con ella, y des-

de luego todos los habituales concurrentes al parque de Madrid la conocian.

Parecia pobre, era anciana, y se conocia que jamás habria sido lo que se llama una mujer hermosa; y sin embargo, su encanto era tan penetrante, su distincion tan atrayente, que se llevaba todos los corazones, y la rodeaba una atmósfera de simpatía apacible, pero profunda y verdadera.

Hácia fin del mes de Marzo, y cuando ya el aire empieza á ser tibio, y cuando ya los dias son largos, una tarde, á eso de las dos y media, la dama en cuestion llegó á su sitio acostumbrado.

El cobrador de las sillas, al verla, le trajo la en que se sentaba siempre, que era, no uno de los sillones de brazos, sino una modesta silla, por la que pagaba dos cuartos: sentada en ella la desconocida, quedaba en una postura decente y digna, pues la anchura del sillón no violentaba los plieges de su falda descubriendo los piés.

Sacó del bolsillo de su traje un estuche pequeño con cerraduras de plata, y de éste, despues de abierto, un crochet fino como un encaje, en forma de estrellas diminutas, en el que se puso á trabajar, despues de haber quitado el velo de su sombrero.

A algunos pasos de ella, jugaban al corro seis ú ocho niñas, elegantemente vestidas: los

criados y niñeras que las acompañaban se habian retirado, y sostenian ruidosa y animada conversacion, sin cuidarse de ellas para nada.

Pero á las felices criaturas les importaba muy poco este descuido, y antes bien, si lo hubieran reparado, se alegrarian de él; cantaban, hablaban, saltaban, reian y hacian, en una palabra, cuanto tenian por conveniente, sin que nadie las molestase con advertencias de ninguna clase.

Una niña como de ocho años, muy pobremente vestida, se acercó al corro y se puso á mirar con curiosidad á la alegre cohorte; era una criatura robusta, morena, de grandes ojos negros y boca coralina; la expresion de su rostro era triste y altiva; llevaba un vestido de percal viejo y desteñido, remendado en las mangas con piezas de la misma tela, nueva, y de colores mucho más vivos; en el cuello llevaba un pañuelo de lana, cortado de otro grande, y sus pequeños piés calzaban unos zapatos viejos y grandes, en los que se movian como dos mariposas inquietas en dos groseras cajas negras.

Al acabar una rueda que habian bailado las niñas, cantando una conseja antigua que ha servido de argumento á una novela muy popular, una de las pequeñas danzarinas vió á la morenita, que las miraba con ademan á la vez desolado y hoso.

La bailarina tenia un año ménos que la mirona, y habia cumplido siete; largos rizos de

un rubio ceniciento caían por su espalda, dispuestos con esa graciosa negligencia que solo reside en la mano de una joven madre; su vestido, de merino blanco, llevaba por ceñidor una faja espléndida de faya azul celeste; su sombrero á lo Rubens, era de fieltro blanco, con una larga pluma blanca que sostenían dos pompones azules; las botitas de satén blanco, altas y ceñidas, dejaban ver una media de hilo de Escocia: el cuello y la *balayousse*, ó volante blanco que adornaba el bajo de la falda del vestido, plegada á la inglesa, eran de encage y batista.

La niña miró al principio con curiosidad á la pobre espectadora de sus juegos; luego se acercó á ella, y le dijo con voz dulce:

—¿Quieres jugar al corro?

—¡Bueno! respondió la pequeña mendiga, con ese tono breve y brusco de las niñas del pueblo, á las que nadie se ha cuidado de educar.

La rubita la tomó de la mano, se acercó á sus compañeras y les dijo:

—Esta quiere jugar también.

—¿Esta? preguntó una niña como de diez años, alta y hermosa, con grandes ojos negros, cutis blanco y suave, y elegantemente vestida de color de rosa; ¿y quién es ésta? ¡Vaya una facha!

—Es una niña que estaba ahí.... contestó tristemente la rubita, arrepentida ya de su amabilidad.

—Mira espantajo, vete de aquí, repuso la altiva niña con aire de reina indignada; vamos, lárgate, que estás aquí sobrando; estas sabandijas hasta huelen mal.

La mendiga dirigió á la que así le hablaba una larga é iracunda mirada, y, sin separar de ella los ojos, se alejó algunos pasos.

—Mira, Ofelia, como traigas otra vez al corro perdioseras como esa, nos veremos las caras, continuó la arrogante damita, encarándose con su amiga.

Luego añadió:

—¿Que os parece á vosotras?

—¡Muy mal!

—¡Malísimamente!

—¡Remal!

Así contestaron algunas de las niñas, mientras que otras proseguían jugando.

—Bien está, dijo Ofelia con voz llorosa: yo la traje por que me daba pena; pero no le diré á ninguna otra niña si quiere jugar; lo que es tú, Sofía, tienes un genio...

La pobre criatura, que contaba poco más de siete años, no supo dar forma más clara á su pensamiento, y entre confusa y triste volvió á enlazar sus manos á las de sus compañeras, y prosiguió el juego del corro y las alegres canciones.

Entre tanto, la pobre desterrada del alegre corro, se hallaba á alguna distancia y detrás

del árbol donde se apoyaba la silla de la dama del traje negro: lejos de su enemiga, su cólera se fundió en un gran dolor: apoyóse en el tronco del árbol, y llevando á los ojos su delantallito, se puso á llorar.

La anciana señora, testigo mudo de la anterior escena, oyó los sollozos de la pobre desdenada, y se volvió hacia ella; la tomó por el brazo sin dejar su asiento, y la atrajo hácia sí.

—Vamos, le dijo dejando sobre la falda el delicado encaje de crochet que estaba tejiendo, vamos, no llores: si esas niñas no te quieren, yo sí: ¿cómo te llamas?

—Pe...pa, contesto la niña sollozando.

—Mi pobre Pepita, consuélate y quédate conmigo aquí haciéndome compañía.

La niña separó el delantal de su cara y fijó sus grandes ojos en el rostro dulce y respetable de la que le hablaba; una sonrisa se abrió paso á través de su llanto, como un rayo de sol se abre paso á través de las nubes.

—¿Tienes madre, Pepita? preguntó la señora.

—Se ha muerto, contestó la niña.

—¿Cuánto hace?

—¡Muchos días!

—¿Tienes padre?

—Se ha muerto.

—¿Y hermanos, tienes?

—No, señora.

—¿Quién cuida de tí?

—Mi tia.

—¿Y quién es tu tia?

—Aquella aguadora que está allá abajo.

Y la diminuta mano de Pepita señaló un miserable puesto de agua; delante del *cajon* ó mostrador habia dos mesillas cojas, variassillas de madera y un sofá que debia haber conocido á Felipe II. Algunos vasos de vidrio, dos jarros de loza blanca y azul, y dos botijos sobre un paño muy blanco, completaban á la vez el mueblaje y adorno de aquel puesto, tienda ó comercio.

La propietaria era una mujer muy seca, pequeña, de fisonomía dura y que estaba miserablemente vestida; de vez en cuando servia á alguna niñera ó soldado un vaso de agua y un merengue, y cobraba con ademan duro é irritado dos ó tres monedas de cobre.

El diálogo entre la señora y la niña continuó de esta suerte:

—¿Sabes hacer media, Pepita?

—No sé.

—¿Y leer?

—Tampoco.

—¿Y rezar?

—Ménos.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho.

—¿Tiene hijos tu tia?

—Si señora, dos hijas que trabajan: *la Petra*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

es guarnecedora de botas y *la Ramona* es peinadora.

—¿Y te quieren?

—¿A mí? ¡si me pegan más!... y todo el pan que como les parece mucho; pero lo que es ellas bien comen.

—¿Qué comen?

—¡Toma! Cocido, patatas...

—¿Y tú?

—Yo pan solo, y duro.

—¡Pobrecita! murmuró la dama pasando dulcemente su mano blanca y delgada por los cabellos de la niña: mañana, así que yo llegue aquí y me sienta, ven á verme: ¿querrás?

La niña no pudo contestar; oyó una voz agria que la hizo estremecer y que gritó:

—¡Eh! animal dañino, á casa! Coge ese botijo y vuela, que si no te avivaré como sabes que acostumbro hacerlo!

Pepita debía ser *el animal dañino*, porque, sin contestar á la señora, trémula y convulsa, corrió cuanto le permitian sus grandes zapatos y sus pequeñas piernas al lado de su tia, que le dió un gran botijo vacío y un no menor espaldarazo que la hizo correr dos ó tres pasos, añadiendo:

—A casa, más pronto que la vista.

—¡Pobre criatura! pensó la señora, mirándola alejarse; ¿qué misteriosa fuerza ha puesto Dios en tu alma y en tu cuerpo, que resistes al mar-

tirio como la rosa á los vendabales, fresca y pura como aquella?

La niña se volvió de lejos y envió á la dama desde el fondo de sus negros ojos una larga mirada de despedida, á la que ella contestó con un signo afectuoso de su mano.

III.

Al dia siguiente, cuando llegó la señora á su paseo cotidiano, se halló á Pepita sentada en el suelo al lado del árbol junto al cual solia situarse; hizolo así aquel dia, apoyando la silla en el tronco, y sacando el libro lo puso sobre su falda, no sin dirigir antes á la niña algunas palabras de afecto.

—¿Cuándo has venido? le preguntó.

—Ya hace mucho rato; con mi tia.

—¿Has comido?

—Un pedazo de pan, y bien duro.

La señora sacó del pequeño cabás que traia colgado del brazo, un papel grande y muy blanco, y lo alargó á la huerfanita: esta lo abrió y apareció en su fondo una gran cantidad de pasas y almendras, y un pedazo de pan blanco.

—¿Es esto para mí, señora? preguntó Pepita llena de asombro.

—Para tí; siéntate, y merienda con sosiego.

Pepa no se lo hizo decir dos veces; se sentó y se puso á comer con apetito; la dama se puso á leer.

Las niñas de la tarde anterior pasaron corriendo por allí; la pequeña señorita que tan altivamente habia rehusado admitir en el corro á Pepita, reparó en ella, se detuvo un momento, y dejó caer la palabra—¡Ambrona!—al verla comer el delicado refrigerio que debia á la caridad de su anciana amiga.

El corro se formó á algunos pasos de distancia, y las loquillas empezaron sus cantos y su algazara. Pepa devoró muy pronto su merienda, y se puso á mirar tristemente á las felices niñas ricas que no la querían cerca de ellas, á no ser la rubia Ofelia que de vez en cuando la dirigia una mirada de lástima.

La señora cerró el libro despues de leer algunas páginas, y le dijo:

—¿Me quieres tener una madeja de hilo para devanarla?

—Sí señora, contestó Pepa, muy contenta de que se la creyese útil para algo.

La dama puso la madeja en las manecitas de la niña, y empezó á devanar.

—Me tienes muy bien la madeja, Pepita, dijo dulcemente la señora.

—Pues es la primera vez que lo hago; no sé nada, ni siquiera leer.

—¿Quieres que te enseñe yo?

—¡Ya lo creo! pero ¿dónde?

—En mi casa.

—No me dejará ir mi tia.

—Pues entonces aquí.

Sí, porque, como tengo que cuidar del puesto, no me dejaría ir.

—Desde mañana empezaremos.

En aquel momento dos señoras tomaron asiento muy cerca de la anciana que departia con la pequeña mendiga.

Era tan diferente su aspecto, que ofrecian el más perfecto contraste. La una morena, con grandes ojos negros, tenia una fisonomía bastante dura, pero alegre y satisfecha; vestia un vistoso traje azul oscuro, adornado de botoncitos dorados, y un sombrero negro á lo Rubens, con largas plumas; su talle era esbelto, elegante y estaba ajustado perfectamente en el cuerpo de su vestido.

La otra, rubia y pálida, tenia la fisonomía más delicada, pero profundamente triste; sus ojos azules parecian haberse marchitado á fuerza de llorar; una expresion de amargura y de violencia contraia sus facciones; de ménos estatura que su compañera y más delgada, parecia á primera vista mucho ménos bella, y sin embargo, mirándola, se conocia fácilmente que lo habia sido y lo era aún mucho más; llevaba un traje negro de seda y una capota negra tam-

bien muy sencilla, y adornada solo con una rama de flores de granado.

Esta simpática persona fué la que se sentó al lado de la anciana señora que se interesaba por la pobre Pepita; al ocupar su silla, saludó cortésmente con la cabeza, y aquella contestó del mismo modo.

Durante algunos instantes, las recién llegadas guardaron absoluto silencio.

La más alta miraba á todas partes, saludaba con la cabeza, sonreía á alguno de los que pasaban, ó tarareaba á media voz alguna melodía de las operetas de Offenbach y de Lecocq; al verla podría creerse que no hacía el menor caso de su compañera.

Esta parecía á cada instante más abatida y más triste. Apenas miraba á nadie, ó si lo hacía, era á hurtadillas y como temiendo que la saludasen.

La anciana señora, que se hallaba sentada al lado suyo, la miraba con profunda compasión; como en un libro, leía detrás de aquel semblante fatigado, triste, envejecido prematuramente, todo un mundo de dolores, de lucha, de decepciones, de afectos engañados y mal correspondidos.

Muy pronto vió que no se había equivocado, pues oyó á la más alta de las dos jóvenes dirigir la palabra á su compañera con acritud y mal humor.

—¡A la verdad que no merece la pena de venir á paseo lo que hacemos nosotras! En primer lugar, sentarnos en esta calle por donde casi no pasa nadie! y despues no permitir que se acerque ni una sola persona.

—¿Por qué? preguntó duramente á su vez la otra jóven.

—¡Por tí! El temor de exponerte á un disgusto me tiene confundida.

—Pues no lo estés, y habla con quien te parezca; ¡de todos modos tengo tantas amarguras!...

—¡Por que quieres! has empezado con mal pié, y lo tienes que pagar; eso se paga siempre; ¡sujetarte á los caprichos de ese hombre, á sus tiranías, á sus exigencias! Hija mia, desde el primer dia se hacen las cosas bien, y así no hay luego de qué quejarse; el tener relaciones de amor con un hombre, no es constituirse en esclava suya.

—Le queria, y le creí bueno, de corazon tierno y compasivo... ¿qué no embellece el amor, cuando miramos las cosas y personas á través de su luminoso prisma?

Esta contestacion fué dada, no ya con acento duro y frio, sino con una triste resignacion, con una melancolia profunda.

—Antes de someterse asi, es preciso saber con quién se trata.

—Tienes mil razones.

—Te has ido dejando atar de piés y manos, y ahora ¿quién te desata?

—¡No lo sé! Acaso la muerte, y deseo que así sea.

—¡Siempre romántica! ¿por qué no procuras hacer más llevadero ese yugo?

—Estoy muy cansada de disgustos y cuestiones. ¡Ay, amiga mia! tú no sabes lo que es para mí tener que luchar continuamente. ¡A cada nueva escena quedo más rebajada á mis propios ojos! ¡Cuando se llega á traspasar ciertos límites, ó hay que tener la fuerza de concluir, ó hay que sufrirlo todo; porque quejarse, comprender la injusticia y la crueldad, y seguir tolerándolas, es una humillacion insoporable!

—¡Pero tú amas todavía al baron!

—¡No lo sé! Cuando me pongo á pensar en que con un grande esfuerzo podria romper estas relaciones y salir de su tiranía, me siento poseida de terror; pero no es por tener que renunciar á él, sino por la soledad moral en que voy á quedar. ¡Sola en el mundo! Sin esposo, sin hijos, sin hermanos, sin padres! ¿Que haré yo de mis largos dias y de mis eternas noches? ¿que será de mí?

—Pronto podrias tener otras relaciones.

—¡Jamás! Estoy cansada para siempre; y si no rompo éstas, es, en primer lugar, como ya te he confesado, por horror á la soledad moral, y

en segundo porque, por encima de las consideraciones sociales, creo que debo guardar otras: ese hombre, desgraciadamente, está ménos cansado de mí que yo de él... ¿De qué modo convencerle para que me deje en paz?

—¡Ay, Dios! ¡qué cándida eres! ¿Crees que el baron rehusará separarse de tí, si así se lo pides?

—Lo creo firmemente.

—Pues te equivocas; para los hombres, todo lo que es variar, es agradable; si rompe contigo, no tardará ocho dias en hallar nuevas relaciones. ¿Lo sentirías?

—Creo que no.

—Pues entonces, pon algo de tu parte, y lo conseguirás.

—No lo creas; ya he puesto todo lo que he podido, y nada he alcanzado.

—Vamos, ¡jamás me harás creer en esa amorosa terquedad! exclamó con una risa entre amarga y burlona la dama morena; si quisieras, romperias con él al instante...

—¡Ah! ¡tú no sabes lo que es el amor propio de los hombres! repuso la jóven rubia; ¡tú no sabes lo que son esas pasiones, que tienen tanto de ridículas y de feroces á la vez! ¡Si yo pudiera dejar esta cadena tan pesada, aunque fuera á costa de mi vida!... Yo me acostumbraría á la soledad, aunque al principio me fuera muy penosa.

En aquel momento se acercó un hombre de alta estatura y figura elegante; su traje era esmerado y del mejor gusto; su aspecto duro y helado.

—Buenas tardes, Luisa, dijo alargando la mano á la más alta de las dos damas.

—Buenas tardes, querido baron, respondió aquella con una sonrisa llena de coquetería.

El recién llegado ni siquiera miró á la otra jóven; se puso á contemplar á los paseantes, cambiando con aquella á quien habia llamado Luisa algunas observaciones, ya burlonas, ya intencionadas.

Al cabo de algunos instantes, Luisa preguntó en voz baja al baron:

—¿Que tiene Margarita?

—¡No lo sé! Iba á preguntárselo á usted, puesto que yo acabo de llegar y Vd. ha pasado la tarde con ella.

Y volviéndose á Margarita, le preguntó á su vez:

—¿Qué te pasa?

—¡Aun no me has dirigido la palabra ni los ojos! contestó tristemente la jóven rubia.

—¡Ni tú á mi! repuso el baron con dureza y acritud; ¿es posible que de todo tengas que quejarte?

—¡No me preguntes lo que tengo!

—Bien inútil es, en verdad, pues debia saber lo que tienes.

—¿Y qué es?

—¡Un carácter insoportable!

—Pues no lo soportes.

—Procuraré hacerlo.

El caballero separó su silla, y se colocó casi por completo á la espalda de Luisa, con la que se puso á conversar alegre y animadamente. Ella parecia gustar mucho de su conversacion, y ni el uno ni la otra dirigian siquiera una mirada á su compañera.

El estado de ánimo de la pobre mujer debia ser lastimoso: sus facciones se hallaban contraídas, sus labios apretados, y bajo sus delicadas cejas, fruncidas por un pensamiento doloroso, brillaban sus ojos con sombrío resplandor.

La anciana señora que habia llevado de mendrar á la pobre Pepita, debia ser maestra en la ciencia dolorosa que enseña á leer en los corazones, y que se llama experiencia. Con una mirada de compasion examinaba á hurtadillas, y de vez en cuando, á la pobre Margarita, en tanto que Pepa, que ya le habia tenido la madeja, se hallaba sentada á sus piés y la miraba á su vez entre cortada y cariñosa.

La indignacion de Margarita habia llegado á su colmo: roja como el carmin, miraba á su amiga y al baron conversar, reir, hacer apreciaciones acerca de los paseantes, y, en una palabra, entenderse maravillosamente, sin pensar en que ella se hallaba allí.

De repente, se levantó con ímpetu, echó hácia atrás su silla, y dijo con voz agitada y acento breve y duro:

—¡Vámonos, Luisa!

Esta se volvió sorprendida: conocíase fácilmente que estaba de tal suerte acostumbrada á prescindir por completo de aquella pobre criatura, que ni siquiera sospechaba que pudiese enojarse por su extraña conducta.

Pero al mirar con cuidado el semblante de la jóven, comprendió que la tempestad rugía en su alma, y respondió esta sola palabra:

—Vamos.

—Pero ¿á dónde van Vds. así? preguntó entonces el baron; ¡esta mujer está loca! ¡que manía de escándalos! ¿qué van á decir las gentes que nos vean?

Al oír estas palabras, Margarita se dejó caer de nuevo en su silla, y cubriéndose el rostro con el pañuelo, prorumpió en lágrimas.

Luisa y el baron empezaron á culparla en voz baja por el *espectáculo* que estaba dando; pero la desdichada, al oírlos, redoblaba sus sollozos.

—¡Valor, señora, valor! murmuró al oído de Margarita una dulce voz.

Esta se volvió sorprendida, y se halló con el dulce rostro de la venerable amiga de Pepa; y era tan grande y tan profundo su aislamiento, que, al oír aquellas palabras de simpatía, sin-

tió como si descendiera á su alma un consuelo celestial.

—¡Ah! ¡soy tan desgraciada! dijo en voz muy baja, y enjugándose sus lágrimas.

—Me lo figuro, repuso la dama; pero espere usted en Dios, si es que le ama.

—Lo olvidé, señora, y este es mi castigo,

—Vuelva á Él, y no dude que la recibirá.

—¿Quién es Vd., señora, que así conoce los dolores del alma?

—Una mujer que ha sufrido mucho.

—¿Ha sido Vd. infeliz?

—No tanto como lo hubiera sido, á no tener fé religiosa; he cumplido la voluntad de Dios en la tierra, y hoy espero tranquila que me llame á su seno.

Margarita guardó silencio; la fiebre abrasadora de la cólera y de los celos, se calmaba con aquellas palabras, del mismo modo que la luz de la luna calma las encrespadas olas del mar. Despues de un rato de silencio, preguntó á su vecina:

—¿Podré, señora, ver á Vd. otra vez?

—Nada más fácil, repuso la anciana.

—¿Y dónde?

—En mi casa; estas son mis señas,

La señora sacó del bolsillo de su traje una cartera de piel de Rusia con broche de platino, tomó de ella una tarjeta y la alargó á Margarita, que la guardó á su vez en el bolsillo. Ni

Luisa ni el baron se habian apercibido de este pequeño incidente.

Un instante despues, y al ver á Margarita más tranquila, Luisa le dijo con acento más dulce que el que habia empleado hasta entonces:

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, contestó Margarita, vamos.

Todos saludaron á la anciana con una cortés inclinacion de cabeza, y echaron á andar; la dama les contestó con un saludo digno y reservado, dirigiendo á Margarita una afectuosa mirada.

No bien estuvo ésta á algunos pasos de distancia, sacó con disimulo la tarjeta de su bolsillo oculta entre los pliegues del pañuelo, y se apresuró á leer su contenido que, en bella letra litografiada, decia así:

LA VIZCONDESA DE LA TORRE.

Profesora de música é idiomas.

Calle de las Huertas, 46-4.º

Margarita guardó de nuevo la tarjeta, y las nubes de su rostro se aclararon como por encanto.

IV.

Era el primer dia de Abril.

La mañana, clara y luminosa, estaba fria, y en el cielo, de un azul intenso, brillaba el sol, aunque muy alto, á las ocho de la mañana,

bañando la parte superior de las casas y llamando á los tejados á las familias enteras de la raza felina: los gatitos de pocos dias nacidos, salian con sus madres por las ventanas de las buhardillas, y más felices que los seres humanos, condenados casi siempre á trabajar en recintos donde dominan las sombras del dia y las del alma, extendian voluptuosamente sus patitas y se besaban y lavaban los unos á los otros.

Los transeuntes eran casi todos pertenecientes á las clases más ordinarias de la sociedad; criados de ambos sexos que iban á la plaza ó volvian de ella; modistas que corrian á sus talleres, obreros, vendedores de periódicos, de verduras y de esos mil objetos menudos que se ofrecen á gritos por las calles y plazas de Madrid.

Algunas señoras, vestidas de negro, iban á la iglesia, con el libro de oraciones en la mano y colgada del brazo la pequeña silla de tijera, como es moda de algunos años á esta parte; alguna que otra mujer jóven y bonita, oculta entre los pliegues del manto, con el velo echado á la cara y las manos abrigadas en el manguito, se deslizaba furtivamente y con paso ligero á lo largo de las aceras, como temerosa de ser vista; y entre éstas se hallaba la desgraciada mujer que conocimos en los jardines del Retiro con el poético nombre de Margarita.

Bajaba ésta á lo largo de la calle de Atocha, y siguió rápidamente su camino hasta tomar la de las Huertas, que subió hasta el Prado, por ir sin duda hasta los números más altos.

En efecto, se detuvo en el núm. 46, y pareció como que respiraba durante algunos instantes.

Llevaba un traje de lana gris oscuro, corto y hecho con rara elegancia: un volante blanco guarnecía el borde: un chal inglés afelpado, también de color gris, ocultaba casi por completo el manto que, cubriéndole la cabeza, dejaba caer delante del rostro su velo de encaje.

Parecía aquella mujer agobiada de angustia y sobresalto; apoyóse en el marco de la puerta y extendió al derredor suyo una mirada asustada, ó más bien llena de terror.

La portera estaba barriendo el portal; se acercó á ella de muy mal humor, y le dijo duramente y con esa insolencia ingénita en los porteros de Madrid.

—Vaya Vd. á esperar á otra parte ó á la calle.

Un vivo carmin cubrió las mejillas de la pobre mujer, que contestó:

—No espero á nadie... vengo á esta casa.

—¿A qué piso?

—Al piso cuarto.

—¡Ah! repuso la portera con acento de respetuosa deferencia, ¿va Vd. á casa de la señora vizcondesa?

—Sí, señora; ¿la hallaré?

—Sin duda; hasta las diez no sale á dar sus lecciones.

—Voy, pues, á subir.

—Vaya Vd. con Dios, y perdone; como hay tantos chascos y tantas busconas en este Madrid...

El eco de estas palabras se perdió en la especie de jaula, llamada *portería*, donde la guardiana se confundió en la sombra.

Margarita subió lentamente la escalera; de vez en cuando se detenía para respirar; sus facciones dulces y expresivas, estaban fuertemente contraídas como por una convulsion interior; habia en aquel semblante una expresion tan amarga, que el alma de un observador inteligente hubiera quedado asombrada de los extragos del dolor.

Al fin llegó al piso cuarto, que era quinto, por tener la casa entresuelo.

En los otros pisos solo habia dos puertas, lo que indicaba que cada piso tenia dos cuartos: pero en aquel habia tres, lo que anunciaba á la vez la presencia de tres inquilinos y lo reducido de las habitaciones.

En la puerta de la derecha habia clavada una plancha de bronce ó cobre dorado, que decia:

Profesora de música é idiomas.

Se copia toda clase de manuscritos y documentos.

BREVES LEYAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Núm. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Cómo es posible, pensó Margarita, que llevando esta dama un título nobiliario, esté sujeta á tan modesta posicion y á tan escasa fortuna?

Al pensar así, dirigió una mirada en derredor suyo; la escalera era humilde, pero limpia y recientemente pintada y revocada; la puerta ostentaba también un gran aseo y una elegancia relativa, pues se hallaba pintada á cuadros negros y amarillos; á la derecha pendía un cordón de estambre fino, negro y encarnado, que terminaba con una bella y bien trabajada borla de lo mismo.

Margarita sacó del manguito su pequeña mano y asió aquella borla con tanto temor, que apenas dió un débil sonido.

Sin embargo, tardaron muy poco en oirse unos pasos femeninos, y una mano abrió la mirilla ó reja de un palmo cuadrado que había en la parte media de la puerta. Una cara vieja y arrugada apareció detrás de ella, y preguntó:

—¿Qué se le ofrece á Vd?

—Desearía ver á la señora vizcondesa, contestó Margarita con voz que temblaba.

Un dulce perfume de violeta que se desprendía de toda la persona de la jóven, llegó como nube invisible hasta la vieja criada, y disipó sin duda cuanta desconfianza pudiera abrigar, porque abrió la puerta y dijo á Margarita:

—¿Tiene Vd. la bondad de decirme su nombre?

—La señora vizcondesa no le conoce.

—Entonces... murmuró la doméstica, que era de suyo recelosa.

—Diga Vd. que está aquí la señora á quien dió una tarjeta suya en el Retiro, hace pocos dias.

—Tome Vd. asiento, dijo la criada, en tanto que llevo este recado á mi señora.

Margarita aceptó la invitacion, pero no ya porque la angustia del terror la dominase; desde que había traspasado el umbral de aquella modesta y casi humilde habitacion, una tranquilidad deliciosa se había extendido en su alma, arrojando las negras sombras que la envolvían; casi feliz se hallaba, entretenida en inspeccionar el mueblaje y el alegre aspecto de la pequeña antesala donde se hallaba esperando; y á la verdad todo respiraba allí la tranquilidad del alma, y la paz de una conciencia pura.

La antesala era tan reducida, que no podía tener una mesa en el centro: pero un velador cuadrado se hallaba en el ángulo principal, apoyado contra la pared y cerca de la ventana, que se hallaba entoldada de yedra y de madreselva; estas plantas trepadoras, que se enlazaban en un juego de cordoncitos blancos artísticamente atados á clavos pequeños, nacían en un cajón de madera, tan largo como el antepecho de la ventana, aunque de poca profundidad: blandamente mecidas por el viento fresco de la mañana, exhalaban un delicioso aroma,

que penetraba por la ventana abierta, é iluminada por los primeros rayos del sol que reia en los cielos.

Una banqueta de cerda negra, y cortinas de lana en todas las puertas, completaban, con un colgador de madera pulimentada, el mueblaje de la antesala. Sobre el velador habia una linda canastilla de búcaro encarnado, para depositar las tarjetas.

Margarita pasó algunos instantes sumergida en un bienestar dulce y profundo; en su alma disecada, amargada por el dolor, nacian, sin saberlo ella misma, dulces esperanzas, y una calma que hacia ya largo tiempo no gustaba.

Sin embargo, la criada no le hizo esperar mucho, y volvió á los pocos instantes.

—La señora, dijo, va á recibir á Vd., pues aún puede disponer de algunos instantes hasta la hora de la leccion; tenga usted la bondad de seguirme.

Un largo pasillo, débilmente alumbrado por una ventana situada cerca del techo, conducia á una gran sala donde esperaba la vizcondesa á su matinal visitadora, á la que recibió afectuosamente, adelantándose algunos pasos y tomándola la mano.

—Déjanos, Anastasia, dijo á su criada, y si cuando vengan las primeras discipulas no ha salido aún esta señora, ruégales que esperen un instante, y avísanos.

La vieja sirvienta se retiró cerrando la puerta.

La impresion agradable que Margarita habia sentido en la antesala, se aumentó al hallarse en aquella habitacion, que unia á un aseo y á una tranquilidad claustrales, una elegancia muy acorde con las leyes del buen gusto más esquisito. Era un dormitorio á la francesa, es decir, sin alcoba, que servia á la vez de tocador, de cuarto de costura y de estudio; era un recinto donde pasaba la vida entera una mujer virtuosa, inteligente y elegante, que habria sufrido mucho quizá, y que pensaba y sentia con extraordinaria profundidad.

Todo halagaba allí los ojos y el pensamiento. Un lecho bastante grande, vestido de blanco, y cerrado con cortinas del mismo color, ocupaba el ángulo más lejano del balcon; á la derecha una mesita de caoba sostenia algunos libros, y sobre éstos, sujeto á la pared con un elavo dorado, un bellissimo crucifijo en una cruz de ébano, abria sus brazos de marfil á todos los dolores del alma, como único y soberano refugio.

Al lado de la ventana, ocupada por un rosal y dos macetas de violetas, estaba una mesita llena de utensilios de costura y de labores empezadas; se veia en ella un lindo cestillo lleno de lanas de colores vivos; un crochet muy fino; otro más grueso y en forma de tira, que

parecía destinado á ser parte de una coleha; un libro tenia señalada una página, y en fin, en el centro se veía un lindo jarrito de cristal con algunas flores.

Uno enfrente de otro, había dos *causeuses*, ó divanes pequeños; en medio de la estancia un velador grande y redondo, cubierto con un lindo tapete, sostenía libros y periódicos, y una lámpara en el centro; al lado de este velador, una butaca pequeña y cómoda; dos baules cubiertos con tiras bordadas de tapicería, alternadas con otras de paño verde, cortinas de lana en la ventana y en la puerta, tales eran los objetos de ornato de aquella habitación, clara, alegre y tranquila.

Una cómoda-papelera antigua, con tiradores de bronce, daba frente á un *bureau*, antiguo también y abierto, sobre el cual se veía extendida una pieza de música á medio copiar de un gran libro, y un documento judicial á medio escribir, con una letra de gallarda forma inglesa; el tintero de cristal y las plumas de diferentes gruesos, decían claro que en aquel *bureau* se escribía diariamente algunas horas.

Por la puerta entreabierta del dormitorio se veían un piano y un arpa; en los dos costados del piano había dos estantes llenos de música, en cuadernos y libros de distintos tamaños; el saloncito era más pequeño que el dormitorio, y estaba amueblado con una cómoda

antigua, llena de objetos de China y biscuit, con una sillería de damasco encarnado ya muy usada; un braserito, con la tarima y la copa doradas, de pequeñas dimensiones, pero de aquel azófar antiguo que brillaba como el oro, hacia las veces de chimenea.

Delante de la ventana caían cortinas sencillísimas de muselina bordada, y todo estaba brillante de limpieza, y arreglado con sin igual buen gusto, y con una elegancia que dejaba encantados los ojos y gozoso el corazón.

V.

La jóven estuvo algunos instantes contemplando aquel aposento, en el que la actividad y la vida se mezclaban al orden y á la más exquisita limpieza, unidos al perfume que deja siempre en derredor suyo una existencia laboriosa é inteligente.

Recordó al fin que se hallaba con ella la persona que había ido á visitar, y este pensamiento vino á sacarla de su dulce arrobamiento: la vizcondesa, que la contemplaba en silencio, esperando á que ella tomase la palabra, creyó que despues de tan larga espera ella debía hacerle, y adelantándose dos pasos con gracia y viveza, tomó la mano de Margarita y le dijo